



Ernesto Bertani

«EN EL MISMO
LODO TODOS
REVOLCADOS»
(DETALLE)

TÉCNICA MIXTA

Eric Hobsbawm mira a la «Nación» Algunos tramos en la transformación conceptual

por Sonia Tedeschi

Historia y Memoria, Historia y Presente, Historia y Compromiso, son algunos de los enlaces preponderantes en la obra del historiador Eric Hobsbawm. La centralidad que adquiere en ellos la problemática de la nación y del nacionalismo amerita el inicio de un itinerario que nos acerque a su génesis y a su desarrollo. En este texto, recorreremos algunos tramos en la transformación del concepto de nación, realzando su postura crítica y la creciente complejidad de sus ideas. Por otra parte, estudios y debates contemporáneos referidos al origen de la nacionalidad y al proceso de construcción de las naciones, recogen propuestas de Hobsbawm. Es de utilidad, entonces, profundizar algunas para comprenderlas en sí mismas, como práctica historiográfica dentro de la teoría cultural inglesa y para facilitar su reconocimiento cuando sean aplicadas en el desarrollo de estudios específicos. Finalmente, las siguientes reflexiones, si bien subjetivas y parciales, quieren resultar una invitación para la lectura de su obra siempre actual.

A FINES de los años '50 y comienzos de los '60, la historiografía británica mostró nuevas experiencias en su seno.¹ Por un lado, el Grupo de Cambridge encabezando las investigaciones sobre la historia de la familia. Por otro, la historiografía marxista, que había transitado momentos de suma debilidad, comenzaba un período de afianzamiento; «tanto la aparición sistemática de revistas (en particular la *New Left Review*) como la publicación de obras de gran éxito y reconocimiento internacional sostuvieron aquella expansión, ligada al nombre de Eric Hobsbawm pero también a los de George Rudé, Christopher Hill, Raymond Williams, Edward Thompson y el antropólogo P. Worsley». ² A la vez, la llamada historia social emergía con más fuerza animada por la precedencia del grupo de *Annales*.³ El cruce de estas experiencias se vio patentizado en la nueva publicación *Past and Present*. En 1960, la revista se constituyó en una nueva

voz del movimiento logrando alcance mundial y especial acogida en Estados Unidos.⁴

Al historiador Eric Hobsbawm lo podemos inscribir en la orientación cultural del marxismo inglés, surgida en el ámbito intelectual como reacción al «teoricismo» que llegaba a Inglaterra con la fuerte presencia del francés Louis Althusser.⁵ En sus estudios, el sello de la historiografía «culturalista» se ha manifestado fuertemente, con características revisionistas y enfáticas en las entidades nacionales y populares; ellos son parte de un proceso de renovación de perspectivas encarado en el campo disciplinar que originó rupturas en visiones historiográficas rígidas y tendenciosas.

Interrogantes de partida, primeras explicaciones

El fenómeno del nacionalismo siempre ha merecido un lugar en la gran producción de

Hobsbawm.⁶ En su obra «The Age of Revolution. Europe 1789-1848» publicada en 1962, realizó un temprano análisis del mismo considerándolo un «hijo» más de la doble revolución: la inglesa y la francesa.⁷ En el capítulo dedicado al nacionalismo⁸, reparó en la existencia de un «protonacionalismo» para ciertas regiones sin explicar los alcances del término. El mismo fue retomado y profundizado en estudios posteriores.

En estos primeros planteos, el énfasis en las comprobaciones empíricas resulta claro y nos advierte ya del afán por sustentar sus afirmaciones con información histórica variada y en un arco geográfico y cronológico amplio. Hacia 1830, nos dice, la ola revolucionaria europea preparó el terreno para la aparición de los movimientos nacionalistas, originados en una escisión de aquellos grupos protagonistas iniciales de la revolución. Lo que quedó seguido a estas primeras experiencias fue la desintegración en segmentos nacionales de configuración aún muy vaga y sin un reconocimiento mutuo de sus entidades. Los primeros augurios de una realidad efímera para estas formaciones se fueron mudando hacia condiciones posibles de prosperar, dado que llevaba el sustento de poderosas fuerzas subyacentes.⁹

En cuanto a la situación de los antiguos dominios españoles y portugueses en América, la misma no permite afirmar la existencia de algo más que el embrión de una «conciencia nacional» al producirse las declaraciones de independencia. Ir más allá, nos dice, significaría caer en un anacronismo. El uso de una información histórica limitada acompaña la poca hondura del análisis en los casos de áreas extraeuropeas; de hecho, en su profundización aparecerían otros elementos que darían precisión y matices a sus argumentaciones. Su

interés empírico se redobla en el campo de la historia europea que domina mejor, llegando a una visión más integral y totalizadora de los nacionalismos del continente.

Casi en la mitad del camino entre «Las revoluciones burguesas» y sus obras de los '90, Eric Hobsbawm vuelve a internarse en el fenómeno del nacionalismo, perfilando ya uno de los ejes de su futuro trabajo intelectual. En el invierno de 1971, publica un artículo titulado «De la historia social a la historia de la sociedad», sosteniendo esta última expresión como más adecuada que la primera, más abarcativa en el estudio del hombre y su entorno social. En sus últimos párrafos, remarca la importancia del nacionalismo para entender la estructura social y la dinámica de la era industrial. A partir de la nación, se multiplican las preguntas: «¿En qué medida las necesidades del desarrollo económico condicionan esas fronteras, ya que precisan de un estado territorial de extensión variable según las circunstancias? ¿En qué medida esas necesidades ocasionan el debilitamiento y destrucción de estructuras sociales previas...? ¿En qué medida la «nación» es un intento de llenar el vacío provocado por la desarticulación de estructuras sociales y comunitarias anteriores, intento que se traduce en la invención de algo que funcione como una concepción conciente de la comunidad o de la sociedad?»¹⁰ Desde el trabajo de éstos y otros interrogantes comenzará a madurar una compleja interpretación del fenómeno nacionalista, comprobado esto en publicaciones posteriores.¹¹

Una exploración del nacionalismo desde el mundo del trabajo

En los '80 Eric Hobsbawm, nos trae un en-

foque nuevo de la realidad de los trabajadores en «El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera»¹². Coherente con su interés de profundizar en las bases y con la preocupación «culturalista» de entender los movimientos populares, analiza algunas de las raíces de esa realidad. Trasciende el concepto de la clase, la examina en conexión con otros elementos aplicando un criterio inclusivo de su componente histórico, del entorno institucional, de la influencia de ideas y de las transformaciones de las economías que envuelven en su giro a las mismas estructuras sociales.¹³

El capítulo que plantea las relaciones clase obrera - naciones, a partir de la pregunta ¿Cuál es el país de los trabajadores?, fue escrito en 1982.¹⁴ Aplica aquí un marco ampliado del nacionalismo, desde las identificaciones móviles, múltiples y coexistentes en ellas, desde las integraciones relativas producidas por las migraciones por trabajo, desartando la idea errónea de la homogeneidad nacional de los miembros de esta clase.

Cada trabajador tiene múltiples pertenencias, manifestándose todas en un distinto ritmo. Así, prevalecen en un momento dado algunas por sobre otras o viceversa, según las circunstancias que rodean a los actos. Sin excluirse entre sí, puede haber en una misma persona una identificación racial, otra religiosa, otra regional, o familiar o sindical, acentuándose cada una de ellas según aquello que esté en discusión, en riesgo o simplemente según el ámbito donde se esté «jugando» en ese momento.

Es común que se piense en una clase trabajadora sin distinciones nacionales —todos ingleses, todos italianos, todos argentinos...— pero cierto es que la dinámica del mundo

moderno e industrializado obliga a que la composición de la misma sea insospechadamente variada. Hobsbawm nos habla de clases trabajadoras «nacionales» que constituyen un rompecabezas formado por grupos heterogéneos que viven su integración con distinto grado de conflicto.

La exposición a enfrentamientos o choques ha sido generada en ciertos casos de un modo intraestatal, a causa de las variaciones en lo económico, en lo social, en lo político trastocando las relaciones. En otros casos, ha sido originada esencialmente por el movimiento migratorio entre estados que no siempre es uniforme en porcentajes entre la masa que sale y la que entra sumado a los criterios de distribución de los grupos de migrantes y a las consecuentes transformaciones.

La convivencia de inmigrantes con nativos afecta de modo directo a la clase trabajadora. Por ejemplo, en el ámbito específicamente laboral, no es tanto la especialización propiamente dicha lo que provoca conflictos. El área disputada es la que comprende aquellos puestos de trabajos más «cualificados», mejor pagados y deseables. Sobre esta pugna, él manifiesta que se exagera cuando coinciden diferencias lingüísticas, de color, de religión, de nacionalidad.

Hobsbawm considera un problema histórico a la vez que práctico el descubrir cómo nace, funciona o deja de funcionar la unidad de la clase, o sea su dinámica interna. Respecto a esta última cuestión y para aclarar las circunstancias en las que divisiones naturales o entre comunidades pueden gestar la fatal desunión de los trabajadores, indica tres circunstancias. En primer lugar, la influencia de los movimientos nacionalistas o políticos con intereses ajenos a la clase trabajadora. En segundo lugar, los cambios rá-

pidos en la composición de la clase trabajadora que las pautas establecidas no son capaces de absorber. En tercer lugar, la exclusión o discriminación para integrar la clase de parte de una casi privilegiada «aristocracia obrera».¹⁵

Una faz importante es la que ofrecen los puntos de análisis respecto de las fuerzas divisivas de la clase trabajadora, involucrando particularmente la influencia ejercida a veces por programas o partidos políticos inspirados en movimientos nacionalistas. El hecho de que la composición social obrera experimente cambios puede ser potencialmente divisivo, a veces se alimentan rivalidades propias en su seno en nombre de alguna de las pertenencias. Pero, dice, las fuerzas divisivas más poderosas encarnadas en esos partidos y movimientos políticos que proceden de fuera de las clases trabajadoras.¹⁶ Esta partición se hace efectiva en dos sentidos. Por un lado, debido a la acentuación que producen sobre las distinciones lingüísticas, religiosas, físicas entre otras; explotan así arteramente las heterogeneidades de la clase trabajadora. Por otro lado, y en pos de los objetivos nacionalistas se propicia la división entre la «nación» incluyendo sus clases antagónicas y los «extranjeros» con todos los trabajadores de otra procedencia. Asimismo, es destacable que en las primeras formas de los movimientos nacionalistas se cayera en un error frecuente: el de interesarse poco por los problemas de los trabajadores ya sean organizados o no, desestimando su importancia o bien el de considerar a esos problemas una cuestión de orden puesto que la solución de los mismos dependía de que antes se alcanzaran aquellos objetivos. Eran escasos los representantes de esos movimientos que vis-

lumbraban que, tanto la liberación nacional como la social, debían surgir simultáneamente.¹⁷

A Hobsbawm le resultan varias cosas claras en lo que respecta al vínculo conciencia de clase-sentimientos nacionales. Aquella coexiste con otras formas de identificación colectiva; es más, no excluye, ni suele dominar, ni elimina, ni sustituye a los sentimientos nacionales. Estos, en cambio, si se los mezcla con problemas que atañen al Estado y a sus instituciones pueden resultar tan explosivos que llegan a destruir la unidad transnacional de los trabajadores. Sin embargo, pese a todos estos obstáculos, la organización de los trabajadores no se ha visto impedida.

Concluye diciendo que muchas preguntas que surgen al estudiar el tema de los trabajadores y la nación, parten de premisas equivocadas. Se plantean desde la suposición de que las clases trabajadoras o las demás clases, no «existen» sino como bloques monolíticos, de la misma manera que se supone que una nación no es «real» a menos que todas las personas que habitan ese territorio y que no sean extranjeras ni pertenezcan a una «minoría» definida se tiñan con el color nacional aceptado que hoy suele ser por ejemplo, la lengua.

Tomemos una última cita que es síntesis de su posición: «La unidad de las clases y las naciones viene definida por lo que tienen en común comparadas con otros grupos, y no por su homogeneidad interna. No existe ningún estado en el que no se den diferencias regionales, seccionales o de otro tipo entre su población, y estas diferencias son potencialmente disgregadoras, como demuestra el reciente auge de los movimientos separatistas en la Europa occidental.»¹⁸

Naciones y nacionalismo en perspectiva histórica

En 1990, Eric Hobsbawm publica su libro «Naciones y Nacionalismo desde 1780»¹⁹, basado en las Conferencias Wiles dictadas en Belfast en 1985. En la Introducción²⁰ destaca a una corriente de la literatura de las últimas dos décadas, casi lumbré en el estudio de estos fenómenos y donde se incluye, aunque con signos de modestia. Una corriente a la que le es difícil definir por sus motivaciones pero que estaría conectada con la decadencia del nacionalismo como tradicional vector del cambio histórico²¹ y cuyo papel en el devenir habría que reubicar. Máxime si ese devenir muestra indicios de una «nueva reestructuración supranacional del globo».²² Partiendo de la pregunta ¿Qué es una nación (o la nación)? como movilizadora de este conjunto de autores, advierte que los intentos por determinar criterios objetivos de nacionalidad, por hallar una definición, han fracasado porque no hay un concepto que involucre a todos los casos. Las particularidades llevan a las excepciones, las que invalidan el contenido de una eventual definición, de una distinción a priori. No hay bases convincentes donde se puede asentar una nación. No obstante, se estima en condiciones de sostener que la base de una nación real es reciente desde el punto de vista histórico. Rescata en este sentido el llamado «principio de las nacionalidades»²³, como el moderno enunciado de 1830 que crece y se desarrolla dentro de un contexto en el que tienen mucho que ver ciertos requisitos como por ejemplo los territoriales, políticos, tecnológicos, económicos y hasta administrativos.

Sus primitivas ideas esbozadas ya en el li-

bro sobre las revoluciones burguesas²⁴, acerca del papel de la lengua en este proceso, continúan en la misma dirección aunque más complejizadas. Se deduce aquí que el avance en el uso de la lengua nacional es una ayuda para la evolución de esa aún indefinida entidad colectiva pero no forma la base y solo puede ser auxilio en una orientación a posteriori de su constitución. De ese modo no alcanza al objetivo que apunta cual es, justamente, definir a la entidad desde su origen. Para dilucidar estas cuestiones inicia el camino del concepto de *nación*, ahondando en el pensamiento que sustenta el nacionalismo, en la idea previa que poseen respecto de aquella entidad que los aglutinaría como grupo. Está claro que la nación real es reconocida posteriormente, pues es producto de un movimiento nacionalista y no lo antecede.

Los puntos de coincidencia con Ernest Gellner²⁵ refieren al sentido básico del término «nacionalismo» tomado como un principio que afirma que la unidad política y nacional debería ser congruente. Principio que, para Hobsbawm, se amplía en un deber del nivel político hacia la entidad «nación» que representa y por encima de todas las obligaciones, otorgándole una significación suprema en el nacionalismo moderno que no se halla en otros nucleamientos. Junto a Gellner, recalca también el elemento de invención o ingeniería social que interviene en la construcción de naciones: el nacionalismo antecede a las naciones y no es al revés.²⁶

La persistente alusión al pensamiento de los sujetos sociales «comunes y corrientes» es un esfuerzo para mirar desde abajo al proceso de creación de una nación y lograr entenderlo.²⁷ El pensamiento de cada sujeto social le dará particularidad a dicho proceso y una dinámica propia; así, englobando ob-

servaciones de Miroslav Hroch en su propio análisis, sostiene que la «conciencia nacional» tiene un desarrollo desigual acorde con la diversidad social y regional. Hay que volver los ojos hacia esa diversidad para hallar explicaciones al problema. Le critica a Ernest Gellner su preferencia a mirar desde arriba al fenómeno, esto impide ver la verdadera naturaleza del proceso, pues ¿quién es objeto de los actos y de la propaganda de los gobiernos y movimientos nacionalistas y no nacionalistas? ¿qué hay en el cerebro de los ciudadanos o de los partidarios, aún de los más leales y que no reflejan las ideologías oficiales?²⁸

La división en tres fases acerca de la historia de los movimientos nacionales que Hobsbawm toma de Hroch, comprende en breve: una primera fase en la Europa decimonónica, sin implicación política pero que remite a la cultura, las letras y el folklore; una segunda, con la existencia ya de precursores y militantes activos organizando campañas políticas a favor de una identidad colectiva y una tercera, cuando estos programas nacionalistas obtienen el apoyo de las masas que dicen «representar». Coherente con su investigación en el campo del imaginario popular, se detiene en esta última fase. Podemos compartir que, efectivamente, lo crucial está en la bisagra que une la segunda con la tercera fase.

Acorde con su vieja afirmación de que las palabras son testigos que, a menudo, hablan más altos que los documentos²⁹ propone indagar en el vocabulario concerniente al tema de la *nación* y comprobar su modernidad.³⁰ La profundidad de los cambios operados desde la Revolución Francesa se reflejan en los nuevos vocablos aparecidos. En la búsqueda de la naturaleza de los mismos, en

particular para esta línea de investigación, Hobsbawm seleccionó: lengua nacional, nación, patria, iniciando un recorrido por los significados atribuidos a distintos Diccionarios y enciclopedias en un antes y un después de 1884, fecha en la que él considera que el Diccionario de la Real Academia Española recién utiliza la terminología del estado, la nación y la lengua en el sentido moderno. Dando una ligera mirada sobre las acepciones seleccionadas para la palabra *nación*, lo que resalta es la existencia de usos distintivos entre sí que le otorgan un sentido complejo y variado a su camino evolutivo.

Veamos un primer bloque de expresiones antes de 1884. El primer significado, si seguimos a los filólogos, indica «origen o descendencia»: así en Francia remarca lugar o territorio de origen —«pays natal»— que luego derivará en el vocablo «provincia»; por otro lado, se insiste en el grupo de descendencia común con lo cual se alude a la etnicidad. También aparecen «La colección de los habitantes en alguna provincia, país o reino», «extranjero», «naciones de estudiantes en las antiguas universidades», «naciones de comerciantes extranjeros», «unidad étnica».³¹

En la era de las revoluciones, el concepto de *nación* requería ser «una e indivisible». Dice Hobsbawm que la nación considerada así era el conjunto de ciudadanos cuya soberanía colectiva los constituía en un estado que era su expresión política. Pero, cierto es que la demanda revolucionaria trajo distintos usos simultáneos del vocablo. Desechamos, pues, una significación unívoca a partir de esta instancia histórica y aceptamos la idea de una convivencia con las significaciones antiguas allí donde los postulados de

ambas revoluciones se desarrollaron. Esto explicaría, en parte, la intensa confusión que se trasluce en el léxico o en los múltiples empleos. La raíz de esa confusión está en todos los estratos de la sociedad de la época. La crisis de pertenencia hace que cada uno crea que está integrado en un lugar subjetivamente determinado.

Un segundo bloque de expresiones después de 1884 ya tiene diferencias sustanciales: unir a la palabra gobierno con el concepto de nación, adscribir la palabra tierra a un estado, establecer que esta entidad es el «estado o cuerpo político que reconoce un centro común supremo de gobierno», también «territorio que comprende, y aún sus individuos, tomados colectivamente como conjunto», ocupando un lugar central en lo sucesivo el elemento de un estado común y supremo por lo menos en el mundo ibérico.

Desentrañar la naturaleza del concepto para Hobsbawm implica realizar un seguimiento de su uso en el discurso político y social, en especial en el contexto de las revoluciones y desde luego, después de 1830 en que se forja la expresión «el principio de la nacionalidad».

Primariamente el concepto de *nación* tuvo alto contenido político, en especial en la literatura. Es John Stuart Mill quien formula la ecuación nación-estado-pueblo, asociando esencialmente a la nación con el territorio. La constitución del factor «pueblo» en dicha ecuación no estaba definida claramente.³² Para disipar el punto, Hobsbawm recurre a Pierre Vilar porque es el que hace una mirada desde abajo, en una perspectiva que le es coincidente. Dice Vilar: «lo que caracterizaba a la nación-pueblo desde abajo era precisamente el hecho de que representaba el interés común frente a los intereses parti-

culares, el bien común frente al privilegio».³³

Ya en el siglo XIX y en especial en el período 1830-1880 cuando se pone en vigencia el citado «principio de la nacionalidad», la pregunta de rigor refiere al lugar que ocupaba la «nación» para el proyecto impulsado firmemente por la burguesía liberal y sus intelectuales. El papel de la nación dentro del plan era crucial para el éxito de los postulados liberales. Así, «la construcción de naciones» en denominación de Walter Bagehot entró en una categoría de esencialidad.

Pero, a la hora del discurso teórico liberal quedaba una fuerte sensación de ambigüedad. Pese a las dificultades, Hobsbawm intentará reconstruir «una teoría burguesa liberal y coherente de la 'nación'». Inmerso en el proceso de desarrollo capitalista y atento a la óptica de los analistas liberales del momento, buscará recortar la funcionalidad del estado-nación.

Inicia este camino con el concepto de la «nación» utilizado por Adam Smith, limitado a un estado territorial. Y lo va extendiendo hasta llegar a las ventajas y las funciones económicas de la fórmula estado-nación. En 1854, el *Dictionnaire d'économie politique* se atreve a decir que «la división de la humanidad en naciones autónomas es esencialmente económica... La fragmentación de la humanidad en naciones es útil, por cuanto desarrolla un principio poderosísimo de emulación económica».³⁴ Alexander Hamilton en Estados Unidos, ya había vinculado a la nación con el estado y la economía. Una combinación de tal magnitud justificaba la presencia de un gobierno nacional fuerte y centralizador.

Un economista alemán fogueado en los debates económicos estadounidenses de principios del siglo XIX, Friedrich List nos

brinda la característica del concepto «liberal» de la *nación*: tenía que ser del tamaño suficiente para formar una unidad de desarrollo que fuese viable, sin ese requisito carecía de justificación histórica. Contemporáneamente a List se miraba hacia una sociedad universal del futuro, a una unidad mundial detrás de la cual se ubicaban las naciones o grandes estados.

Ahora bien, el «principio de nacionalidad» se aplicaba en la práctica a nacionalidades de cierta importancia; su aplicación era más útil que aquellas características invocadas de una nacionalidad –territoriales, lingüísticas, étnicas, etc.– pues, en general, permitía eliminar a muchos pequeños pueblos. Cruzar el umbral, es decir cumplir con el «principio de nacionalidad» y ser clasificado como nación, dependía de ser considerada una unidad de desarrollo viable y del cumplimiento de tres criterios a saber: estar asociado históricamente con un estado existente o un estado con un pasado largo... contar con una antigua elite cultural, poseedora de una lengua vernácula literaria y administrativa nacional y escrita... tener una probada capacidad de conquista. La ideología liberal concebía a la nación y al estado-nación acorde con su visión de que el desarrollo de ambas entidades correspondía a una fase de evolución humana que partía de un grupo pequeño hasta llegar a la sociedad unificada del futuro. De su mano, el concepto de *nación* y *nacionalismo* entró en el plano de la política internacional. Pero, el esquema de la «construcción de las naciones» en la práctica era aplicable sólo a algunas naciones, a un número limitado de pueblos, su universalidad no era tal.

A su vez, toda nación «viable» en lo cultural y en lo económico podía acceder a la

autodeterminación lo que, puesto en práctica, profundizaba la brecha entre los pueblos. Otra consecuencia de esa mirada era que la edificación de naciones viraba hacia un proceso de unificación nacional y de expansión, supuestamente favorecido por los movimientos nacionalistas. Esto provocaba una heterogeneidad dentro de los estados-nación, aceptada por otra parte, porque las nacionalidades pequeñas y/o atrasadas podrían beneficiarse fusionándose en una unidad mayor y hacer en proporción su aporte. La convivencia armónica entre microcultura y macrocultura era considerada posible. Pero no podía desconocerse que también las nacionalidades y lenguas más débiles desaparecerían.

Es a partir de 1880 que se experimenta un quiebre. En el comienzo de la era de la democratización y de la política de masas, la «cuestión nacional» ingresa en el debate serio de gobiernos y de partidos políticos. Lograr el apoyo de las masas era fundamental para sus programas, por lo cual se decidió trabajar en consignas nacionales que sirvieran de atractiva propaganda. Para ello hubo que discutir criterios teóricos que establecieran la condición de nación. De ser un tema marginal, se constituyó progresivamente en un tema central de las reuniones de políticos e intelectuales. ¿Por qué razón? Porque el nacionalismo político comprendió la importancia de considerar el «sentimiento nacional» de los hombres y mujeres corrientes como una fuerza estimulante, movilizante y constituyente de su propia base.

El *Protonacionalismo*, una idea expresada sin mayor explicación dentro del desarrollo del nacionalismo en aquel libro minucioso y esclarecedor sobre las revoluciones burguesas, es retomada en esta obra específica. El

trato profundo que le merece llega a constituirlo en un capítulo exclusivo³⁵; aquí, instala el concepto en el campo popular siendo esto ya toda una definición del perfil que intenta imprimirle al análisis.

En el inicio establece la existencia de una diferencia entre tamaño, escala y naturaleza de la comunidad real —aquellas con las que los seres humanos se han identificado durante la mayor parte de la historia— y de la nación moderna —joven históricamente y con otras exigencias hacia el grupo que reúne—. Esto trasunta un problema de comprensión, fundamentalmente referido a la causa del cambio de una comunidad real a una nación moderna. La expresión acuñada por Benedict Anderson, «comunidad imaginada» le resulta útil a Hobsbawm para dar alguna respuesta a esa incógnita.³⁶ Es imaginada por necesidad de aquellos que alguna vez formaron una comunidad real y se vieron privados de ella por su desintegración o porque no alcanzaron a conformar redes de relaciones suficientes. Con la «comunidad imaginada» llenan un vacío emocional, visualizan una forma de continenencia del grupo.

La aparición de ideas y fuerzas nuevas con sus consecuentes transformaciones y el tras-tocamiento de estructuras tradicionales son frutos de las dos revoluciones. Estos cambios originan un estado de confusión en la gente, la pregunta central para Hobsbawm es: ¿por qué esta gente luego de la pérdida de su comunidad real desea imaginar un sustituto?

Atisba una razón: la posibilidad de movilizar en muchos casos «ciertas variantes de sentimientos de pertenencia colectiva que ya existían y que podían funcionar, por así decirlo, potencialmente en la escala macropolítica capaz de armonizar con estados y nacio-

nes modernos». A esos lazos los llamará «protonacionales», dividiéndolos en dos clases.

Una de las clases contiene a las «formas supralocales de identificación popular», donde adscribe a las devociones religiosas fuertes. Sin embargo podría extenderlo, sin equivocarse, hacia el sistema de creencias populares de distinta expresión.

La otra clase y tal vez más en consonancia con la «nación» moderna, se conforma con la existencia de «lazos y vocabularios políticos de grupos selectos, vinculados de forma más directa a estados e instituciones y que pueden acabar generalizándose, extendiéndose y popularizándose». Pero la clave de que esta clase de lazos no está identificada legítimamente con el nacionalismo moderno es la falta de una relación necesaria con la unidad de organización política territorial que es esencial al entendimiento de la «nación».³⁷

Pero ¿qué es hoy lo constitutivo del *protonacionalismo popular*? se pregunta Eric Hobsbawm. Confiesa aquí la gran dificultad en la percepción de los sentimientos de los analfabetos, que son gran mayoría antes del siglo XX. La presencia de un sector de personas alfabetizadas no autoriza a extrapolar de la elite a las masas, de los alfabetizados a los analfabetos. Los encasillamientos o definiciones provienen a veces de posiciones intelectuales que creen ver desde su análisis a formaciones o pertenencias colectivas irreales, inexistentes. En el afán de racionalizar, sobre todo si se trata de encuadrar grupos enemigos, creen ver sentimientos o conductas potenciales que en la realidad no se concretan e incluso están sustentadas en bases falaces. Es más, en ocasiones tienden a que las interpretaciones de las acciones de

los grupos no alfabetizados encajen con su propia forma de pensar lo que produce una profunda distorsión. De esto se deduce el cuidado que se debe emplear al considerar los planteos de los grupos alfabetizados, en particular cuando hacen referencias a los anal-fabetos.

Hobsbawm percibe además, luego de explayarse con un par de ejemplos, que en los criterios o combinaciones halladas para definir una figura aglutinante en épocas donde todavía no se manejaba el concepto moderno de nación (la santa Rusia, el santo Tirol, la santa Irlanda), se omiten dos elementos asociados con la definición de «nación»: la lengua y la etnicidad.

Sobre la lengua aclara que la cuestión principal es si las barreras lingüísticas separan entidades que pueden considerarse como nacionalidades o naciones en potencia y no sólo grupos que casualmente tienen dificultad para entenderse mutuamente. A la inversa, descubre que «pueblos» organizados políticamente, sortean las vallas de la etnia y de la lengua alcanzando un grado considerable de convivencia en la misma entidad. Esta noción de lengua como barrera e impedimento la desarrolla, entonces, a la inversa sopesando a cada momento la probabilidad de que obre en sí como un impulso de la protonacionalidad. Le resulta difícil concebir una lengua nacional basada puramente en lo oral, que es un nivel eminentemente popular pero enseguida dice no excluir la identificación cultural popular de una lengua o un conjunto de dialectos relacionados entre sí y a su vez diferenciadores de otros hablantes. Puede que una situación como la descripta echara raíces protonacionales lingüísticas populares para un futuro nacionalismo.

La lengua nacional se sostiene a veces sobre conceptos totalmente inventados, desmintiendo lo que la mitología nacionalista supone que son, a saber: «cimientos primordiales de la cultura nacional y las matrices de la mente nacional». Se produce la invención de un idioma estandarizado y homogeneizado a partir de múltiples idiomas que luego son degradados como dialectos, pero la incógnita se sitúa en la elección de aquel idioma que constituirá la base de la lengua nacional.

¿Para quiénes puede ser la lengua un criterio de condición de nación? Para el gobierno y para los alfabetizados. La lengua está despojada de propiedades de distinción entre comunidades culturales. En cuanto a valorarla de hecho como un criterio de pertenencia a un grupo Hobsbawm no lo cree así salvo que a la diferenciación lingüística se sumen otras razones distintivas.³⁸

La preocupación por el pensamiento de la masa ronda constantemente en el texto. Por ejemplo, cuando se refiere a la mística nacionalista que unida a la idea platónica de la lengua produce un concepto literario; éste, concebido por una construcción ideológica de intelectuales nacionalistas, obtendrá centralidad en la concepción moderna del fenómeno como lo explicará luego. Esta característica está muy alejada de las masas que utilizan el idioma y que por el contrario, construirían un concepto más existencial de la lengua y enmarcado en una realidad popular. Según afirma Hobsbawm, «donde existe una lengua literaria o administrativa de elite, por pequeño que sea el número de los que la usan, puede convertirse en un elemento importante de cohesión protonacional por tres razones que Benedict Anderson indica acertadamente en estos términos:

- 1) Crea una comunidad de esta elite intercomunicante que, si coincide o es posible hacerla coincidir con determinada zona de estado territorial o vernácula, puede ser una especie de modelo o proyecto piloto para la comunidad intercomunicante más amplia de «la nación» que todavía no existe.³⁹

- 2) Una lengua común, justamente porque no se forma de modo natural, sino que se construye y en especial cuando se publicaba forzosamente, adquiría una fijeza nueva que la hacía parecer más permanente y, por ende (en virtud de una ilusión óptica), más «eterna» de lo que realmente era. Aquí es de gran importancia la invención de la imprenta.

- 3) La lengua oficial o de cultura de los gobernantes y la elite generalmente llegó a ser la lengua real de los estados modernos mediante la educación pública y otros mecanismos administrativos.⁴⁰

Pero, nuevamente retrocede a lo que pensaba el pueblo llano y dice que no obstante, todos estos fenómenos son posteriores y poco afectan a su lengua en la etapa precedente.

En cuanto a la etnicidad, «la base crucial de un grupo étnico como forma de organización social es cultural en lugar de biológica», con lo cual Hobsbawm invalida la aplicación del método genético en el análisis de su configuración. Además y rebatiéndola como criterio estrechamente ligado a la definición de nación, cree dificultoso el rescate de un componente étnico común en los estados-nación cuando se comprueba una alta y casi invariable heterogeneidad en la población.⁴¹

No obstante, Hobsbawm no niega el sentido de la etnicidad según Heródoto, por el cual se perciben formaciones que llamaríamos «protonaciones» a la que adscriben pue-

blos dispersos que comparten grandes territorios. Ahora bien, vista así esta etnicidad no está vinculada históricamente a la esencia de la nación moderna cual es la formación de un estado, o de un estado-nación.

¿Cómo han funcionado las diferencias raciales con el tiempo? Ellas han provocado múltiples divisiones por lo que muy pocos movimientos nacionales modernos se basan realmente en una fuerte conciencia étnica. El peligro de su uso es la derivación extrema en el racismo que, creemos, combinado con una actitud xenófoba puede causar gravísimos conflictos. Las diferencias físicas visibles se han utilizado más de una vez para señalar el «nosotros» y el «ellos». Esto significa una tendencia a la etnicidad negativa más aplicándose para definir al «otro» y no al grupo en sí mismo que ya se autoreconoce como homogéneo étnica y racialmente.

Una etnicidad de corte negativo no puede convertirse en base del nacionalismo, al menos si no se enlaza a una llamémosle tradición estatal con sostén político, como por ejemplo China, Corea, Japón cuyos poblaciones son étnicamente casi homogéneas. La negritud, reconocida como un sentimiento conciente, real y muy fuerte, no produjo por sí misma ni un solo estado africano.

En cuanto al criterio de religión vinculada a la conciencia nacional, su unión es estrecha máxime allí donde el nacionalismo tiene una base masiva. Usada para cimentar el protonacionalismo, también se la vió como una fuerza que llegara a disputar a la «nación» la lealtad de sus miembros. Eventualmente, la conversión a religiones diferentes puede contribuir a la creación de dos nacionalidades diferentes aunque la lengua sea común en ambas; de igual modo, pueblos con conciencia protonacional se veían per-

turbados en sus planes de unificación por las variadas diferencias religiosas existentes. A esta altura, Hobsbawm intenta concluir con que, al fin y al cabo, la complejidad en la relación religión-identificación protonacional o nacional impide lograr una generalización. Sin embargo, conforme a su fundamentación oscilante, luego de plantear estas cuestiones parece convencerse en parte con algunas reflexiones de Gellner. En esencia, este autor dice que la estructuración de pueblos en naciones puede lograrse si en algún momento dado esos pueblos mantienen contacto con culturas más consolidadas y especialmente alfabetizadas. Esto más la conversión a alguna creencia religiosa de alcance mundial harían emerger ciertos elementos que producirían la transformación.

Luego de compartir cautelosamente el planteo de Gellner, se anima a decir que si la religión no es una señal necesaria de protonacionalidad, al menos los íconos santos son un componente importantísimo de ella como lo son del nacionalismo moderno.⁴² En una vuelta atrás, opone reservas al adjudicarles a estos íconos la característica de ser demasiado amplios o demasiado limitados para simbolizar una protonación.

Al final encuentra «casi con seguridad» el más decisivo criterio de nacionalismo figurado en la conciencia de pertenecer o de haber pertenecido a una entidad política duradera. Admite que este criterio puede conmover la conciencia del pueblo llano y producir protonacionalismo, a la vez que advierte de los efectos de la llamada historicidad nacional. Los vocabularios iniciales indican una «nación política» incluyendo solamente una pequeña fracción de los habitantes de un estado, como son la elite privilegiada o la nobleza y la pequeña nobleza. Con el tiem-

po, el vocabulario abarcará a la masa de habitantes de un país, sin embargo este momento sería posterior al que propone el nacionalismo retrospectivo. Ahora bien, no se puede dudar que la tradición estatal es muy atractiva para el nacionalismo moderno con pretensiones de instaurar la nación como estado territorial. Al respecto en muchos casos, se ha forzado la memoria real en busca de la existencia de un estado nacional en el pasado. En ellos tuvo un papel principal la producción historiográfica vinculada al interés político.

Algunas Conclusiones

La lectura de la obra de Eric Hobsbawm nos coloca ante un pensador inteligente y lúcido, ante un historiador brillante, ante un intelectual comprometido. Sus estudios, dotados casi invariablemente de una perspectiva histórica integrada a los problemas del presente, se muestran en una diversificación de instancias.

En la instancia sobre el fenómeno del nacionalismo, sus primeros planteos son más bien débiles. Alcanza en ellos a demarcar su preocupación por el tema en relación con los movimientos revolucionarios de Francia e Inglaterra, pero aún no esgrime herramientas teóricas alrededor del concepto. Su análisis específico irá conformándose a través de esfuerzos ulteriores, que nos presentan características típicamente culturalistas: valoriza el componente nacional y popular de los países, realiza un análisis social urgando en los componentes básicos de los movimientos nacionalistas y recupera información primaria valiosa para sustentar sus hipótesis. Todo ello en un ejercicio analítico de gran dinámica entre lo general y lo particular.

En los '70 avanza sobre la enumeración de algunos de los interrogantes básicos para una historia de la sociedad, partiendo de lo que le sugiere la *nación*. En los '80 el nacionalismo y el mundo del trabajo se entrelazan en una matizada explicación, que rompe los rígidos pensamientos sobre una clase trabajadora de pertenencia nacional homogénea.

Pero, será en «Naciones y nacionalismo desde 1780», publicada en 1990, donde se explayará probando su infatigable inquietud por el fenómeno. Con éxito resuelve su propuesta de acercarse a la naturaleza del concepto *nación* realizando un seguimiento de su uso en el discurso político y social. A medida que avanza, se destaca la inclusión permanente de los sujetos sociales «comunes y corrientes» como un esfuerzo para mirar y entender desde abajo al proceso de creación de una nación, acarreado la conciencia de un abordaje dificultoso. En ese esfuerzo, el valor de lo simbólico y la práctica de cada sujeto social en su circunstancia tiene un alza importante en detrimento de la base material y del peso del dogma que subyace en otras perspectivas marxistas: un elemento clave que oficia de enlace entre prácticas historiográficas y representantes de la teoría cultural inglesa. Coherentemente con esta preocupación que cruza sus planteos, se incluye la crítica a Ernest Gellner por su preferencia a mirar desde lo alto al fenómeno y en contraposición, la elección de un texto de Pierre Vilar porque «mira» igual que él, midiendo el campo popular.

La causa de no poder aseverar nada y en cambio, relativizar la mayoría de los argumentos es, según Hobsbawm, lo poco que se sabe sobre el pensamiento de los hombres y mujeres con incapacidades de expresión.

Es imposible afirmar confiadamente sobre lo que piensan y sienten en relación con las nacionalidades y los estados-nación que reclaman su lealtad. Es mucho riesgo, en fin, hacer afirmaciones sobre las construcciones mentales de las personas respecto a esta problemática.

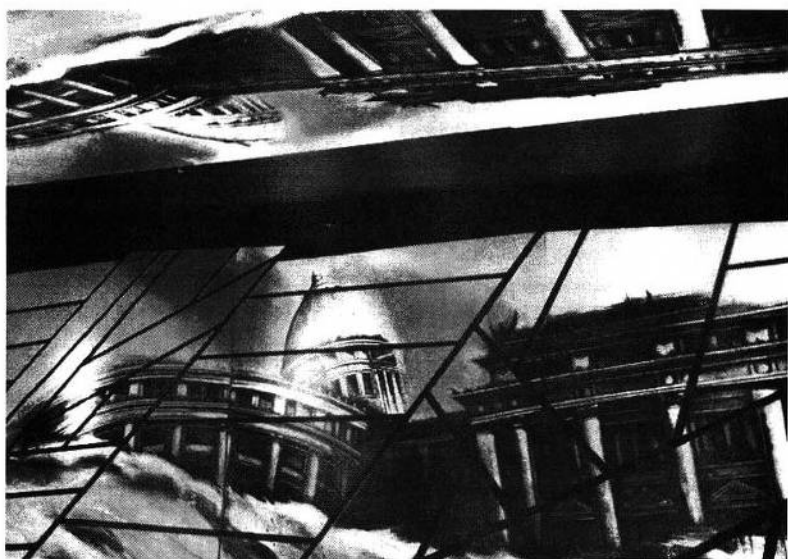
Eric Hobsbawm va ciñendo en determinados momentos sus reflexiones; ante algunas señales de convencimiento con un planteo prestado o una deducción propia, se retrotrae y opone alguna objeción o salvedad referida a la duda acerca del pensamiento del pueblo llano. ¿Qué pensaba realmente la masa del pueblo llano antes de que empezara a adherirse a la causa nacional?

En algunos tramos, parece quedar atrapado en lo que define como «la densidad de la niebla que envuelve las cuestiones relativas a la conciencia nacional de los hombres y mujeres normales y corrientes, sobre todo en el período anterior a que el nacionalismo moderno se convirtiera indiscutiblemente en una fuerza política de masas».⁴³

Para Hobsbawm, los ensayos que tratan de definir a la *nación* terminan en un resultado vago, son evanescentes e inasibles. Ni la lengua ni la etnicidad, tampoco la combinación de criterios tales como el territorio común, la historia común, o los rasgos culturales logran delinear una convincente base de partida para definir a las naciones y a las nacionalidades. Con todo y por cierto con reservas, no niega la posibilidad de que existiera una identificación protonacional popular, base de un nacionalismo posterior. Describe a la nación como históricamente novedosa, como joven en el tiempo, ubicando al enunciado del «principio de la nacionalidad» en 1830 como indicio claro de su prefiguración. El valor de esta tesis se refuerza con la evalua-

ción que hace de las vertientes nacionalistas de la historia. Estas, interesadas en mitificar el origen de las naciones, están llenas de «anacronismos, omisiones, descontextualizaciones y, en casos extremos, mentiras». Por tanto, la obligación profesional del historiador y la demostración de su responsabilidad pública es deconstruir estos mitos políticos y sociales y, junto con los rituales y la política nacional, separarlos de la historia.⁴⁴

Podemos afirmar que, hasta el presente, el tratamiento brindado por Eric Hobsbawm al fenómeno del nacionalismo ha sido ampliamente provechoso: renovador en el debate actual, enriquecedor para los estudios de casos particulares, movilizador de nuevas hipótesis. En fin, luminoso para pensar el proceso de creación de la nación aún en las prolongaciones de pensamientos inacabados o de conclusiones una y otra vez revisadas.



Diana Dowek

«ZONA DE CATÁSTROFE O EL PODER VULNERABLE».

PINTURA - INSTALACIÓN, 1996.

Sonia Tedeschi: Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani» Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Profesional Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)/CERIDE. Docente-Investigadora de la Facultad de Formación Docente en Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.

1. CATTARUZZA (M.A.) «Historiadores» y «Epistemólogos»: ¿un diálogo posible?. Ponencia presentada en las III Jornadas Interdepartamentos de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Capital Federal, 11 al 13/SET/91.

2. *Ibidem*, p. 11.

3. En su reciente libro, Eric Hobsbawm dedica un capítulo a la relación entre la Historia Británica y los Annales. En él dice que lo que ha influido en Inglaterra, si se puede hablar de influencia, no es tanto Annales concretamente como lo que podríamos llamar la *nouvelle vague* francesa en la historia. Así, la confluencia que se produjo en esa relación, sobre el terreno de la historia económica y social, es el efecto de un fenómeno más amplio en la historia francesa. En Inglaterra, el grupo de Annales fue visto como una predecesor de lo que Hobsbawm denomina «historia de oposición» o «historia contra establishment» y a la cual, según manifiesta, se le debía admiración y respeto. En «Sobre la Historia», Barcelona, Crítica, 1998, pp. 183-9.

4. STONE (L.) «El pasado y el presente», México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 25.

5. En el Prefacio de «Sobre la Historia», Hobsbawm hace algunas aclaraciones acerca del planteamiento marxista de la historia con el que se lo asocia; luego de argumentar sobre la convergencia que cree ver entre las distintas corrientes aparentemente opuestas, piensa que la historia está comprometida con un proyecto intelectual coherente y ha hecho progresos en lo que se refiere a comprender cómo el mundo ha llegado a ser lo que es en el presente. *Ibidem*, pp. 9-11.

6. En noviembre de 1998, Eric Hobsbawm visitó la República Argentina. Durante sus presentaciones públicas y las entrevistas concedidas, el nacionalismo fue uno de los principales temas revisados, junto a las grandes transformaciones de la

sociedad del siglo XX. La permanente conexión de sus reflexiones a la realidad actual excede el interés de los especialistas en la disciplina histórica, llegando a un público muy amplio y ávido de explicaciones sobre este complejo fin de siglo.

7. HOBBSAWM (E.) «Las revoluciones burguesas», 10a. edición, Barcelona, Guadarrama, 1985. La obra fue editada en Londres por Weidenfeld and Nicolson bajo el título de «The Age of Revolution. Europe 1789-1848» en 1962. La primera edición en idioma castellano titulada «Las revoluciones burguesas» es de 1964. Este esfuerzo se dirige a explicar el triunfo de la nueva economía y de la nueva sociedad que surgen a partir de esos movimientos.

8. *Ibidem*, pp. 239-61.

9. Esas fuerzas subyacentes se cimentaban en el descontento de los pequeños terratenientes y campesinos, de la ascendente clase media en ciertos países y hasta de una baja clase media nacional con portavoces del campo intelectual.

10. HOBBSAWM (E.) «De la historia social a la historia de la sociedad» Este artículo fue publicado en la revista *Daedalus*. Journal of the American Academy of Arts and Science, vol. 97, no. 1, 1971 y luego en *Tendencias actuales de la historia social y demográfica*, México, Setseptentas, 1976. En su libro «Sobre la historia», op. cit. se reedita este artículo actualizado por el mismo autor. Nosotros, dado que estamos haciendo una recorrida por la evolución del concepto «nación» tomamos los interrogantes tales como estaban planteados en su primera edición. El subrayado es nuestro.

11. Por ejemplo en su obra «La era del capitalismo», Barcelona, Guadarrama, 1977, 1, Cap. «La fabricación de naciones». También el prólogo de Hobsbawm a la coedición con Terence Ranger «The invention of tradition» Cambridge University Press, 1983.

12. HOBBSAWM (E.) *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987. 1a. edición inglesa, Londres, Weindenfeld and Nicolson, 1984.
13. *Ibidem*, Prefacio, pp.7-10.
14. *Ibidem*, pp. 74-92.
15. *Ibidem*, p. 81.
16. *Ibidem*, pp. 82-3.
17. *Ibidem*, p. 83.
18. *Ibidem*, p. 91.
19. HOBBSAWM (E.) «Naciones y nacionalismo desde 1780», Barcelona, Crítica/Historia del mundo moderno, 2a. edición revisada por el autor, 1992.
20. *Ibidem*, pp. 9-21.
21. *Ibidem*, p. 173. El subrayado es nuestro.
22. *Ibidem*, p. 201.
23. *Ibidem*, p. 27.
24. HOBBSAWM (E.) «Las revoluciones burguesas», op. cit., págs. 244-7.
25. GELLNER (E.) «Naciones y nacionalismo», Buenos Aires, Alianza Editorial, 1991, 3a. edición.
26. La ponderación del origen de las naciones como mito, invención política, construcción ficticia es un planteo sostenido de consuno en la historiografía contemporánea. Eric Hobsbawm, Ernest Gellner y Benedict Anderson son exponentes de esta posición. En esa dirección y para el caso general de Latinoamérica y en particular del Río de la Plata, ver por ejemplo las contribuciones de José Carlos Chiaramonte, entre ellas «El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana» en *Cuadernos del Instituto Ravignani*, 2, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1991 y «Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)», Buenos Aires, Ariel, Y, 1997.
27. HOBBSAWM (E.) «Sobre la historia», op. cit. Cap. 16. «Sobre la historia desde abajo», pp. 205-19. En este ensayo, el autor alude a los problemas técnicos para abordar una historia desde abajo. No solo basta el conocimiento y la imaginación para pensar sobre la vida y los pensamientos de la gente corriente. Es necesario un sistema de comportamiento, un sistema coherente, hay que construir un riguroso modelo de interpretación libre de supuestos dominantes distorsionadores.
28. HOBBSAWM (E.) «Naciones y nacionalismo ...», op.cit., pp. 18-9.
29. HOBBSAWM (E.) «Las revoluciones burguesas», op.cit., p. 15.
30. HOBBSAWM (E.) «Naciones y nacionalismo...», op. cit., Cap. 1. La nación como novedad: de la revolución al liberalismo, pp. 23 a 54.
31. *Ibidem*, pp. 25 y 27.
32. Hobsbawm encuentra dificultoso hallar una relación lógica entre, por un lado, el conjunto de ciudadanos de un estado territorial y por el otro, la identificación de una «nación» basándose en criterios étnicos, lingüísticos o de otro tipo, que permitieran el reconocimiento colectivo de la pertenencia a un grupo. «Naciones y nacionalismo...», op.cit. p. 28.
33. *Ibidem*, p. 29.
34. *Ibidem*, p. 37.
35. *Ibidem*, Cap. 2 Protonacionalismo popular, pp. 55-88.
36. ANDERSON (B.) «*Imagined Communities*», Londres, 1983.
37. HOBBSAWM (E.) «Naciones y nacionalismo...», op.cit. pp. 55-6.
38. *Ibidem*, p. 71.
39. Hasta este punto los idiomas hablados no son ajenos a la nacionalidad futura. Las lenguas «clásicas» o rituales muertas, por prestigiosas que sean, no son apropiadas para convertirse en lenguas nacionales. Sin embargo, dado que el dialecto que forma la base de una lengua nacional se habla real-

mente, no importa que quienes lo hablan sean una minoría, siempre y cuando sea una minoría con suficiente peso político. En este sentido, el francés fue esencial para el concepto en Francia. *Ibíd.*, pp. 68-9.

40. *Ibíd.*, p. 70.

41. *Ibíd.*, p. 71-2.

42. Describe a los íconos como símbolos, rituales o prácticas colectivas comunes, imágenes compartidas, festividades, competiciones periódicas, banderas.

43. HOBBSAWM (E.) «Naciones y nacionalismo», *op.cit.*p. 88.

44. HOBBSAWM (E.) «Sobre la historia», *op. cit.*, Capítulo 1 «Dentro y fuera de la historia», pp. 13-22. Capítulo 21 «La historia de la identidad no es suficiente», pp. 266-76.